

Nuevos movimientos en la Iglesia

Juan García Pérez

La reciente firma de un estatuto para las comunidades neocatecumenales, proporciona una buena ocasión para hacer una reflexión acerca de determinados movimientos que van ocupando un papel cada vez más importante dentro de la Iglesia católica. Un repaso sobre sus orígenes permite situar las necesidades y carencias de la vida eclesial a las que estos movimientos pretenden dar una solución. La práctica de nuevas formas de vivir comunitariamente la fe se convierte en uno de los principales motores de estos nuevos movimientos.

Nuevos movimientos han hecho su aparición en la Iglesia en los últimos cuarenta años. Todavía hace pocas semanas, el Cardenal Presidente del Consejo para los Laicos firmaba en Roma el estatuto para uno de estos movimientos, los «neocatecumenales». Este movimiento nació en Madrid a comienzos de los sesenta. En las chabolas de Palomeras, Francisco Argüello y Carmen Hernández comenzaron a anunciar el Evangelio. Los temas de esas reuniones se fueron concretando materialmente en una especie de catequesis para adultos. En la España del 60, la práctica totalidad de las niñas y niños españoles eran bautizados al nacer y al cabo de unos años comenzaban a recibir una

instrucción religiosa, que muchas veces casi se reducía a aprender de memoria el catecismo. La catequesis se quedaba en instrucción intelectual más o menos adaptada y en la mayoría de los casos no llegaba a suscitar una verdadera experiencia religiosa.

Por aquellos años, la Iglesia celebraba el Concilio Vaticano II. En sus documentos no se limitó a repetir doctrinas, o condenar errores sino que, acentuó la necesidad de personalizar la fe y vivirla experiencialmente en los nuevos contextos culturales. La fe en su esencia más íntima no es sólo adhesión intelectual a un mensaje, es ante todo seguir a Jesús de Nazaret, que es ya la realización mejor de ese mensaje. Pertenece también a esa aceptación y confianza una dimensión intelectual; todo ello ha de ser vivido como coherente y razonable desde el centro de la propia persona. Ese anuncio que comenzaron exponer y vivir en una barriada de Madrid Francisco Argüello y Carmen Hernández se fue articulando. Para un creyente los sacramentos no son una celebración individual de cada cristiano sino de toda la comunidad. Este movimiento y sus prácticas fueron muy alentados por el arzobispo Morcillo, que había sido subsecretario del Concilio, él mismo promovió este

tipo de catecumenado y animó a los fundadores a que lo propagaran no sólo por su diócesis sino también por otras. Cuando los fundadores se trasladaron a Roma, implantaron también allí el sistema que comenzara en Madrid.

Hemos hecho una breve alusión a los neocatecumenales pero no nos centraremos en ellos. Hemos tomado este movimiento como punto de despegue para reflexionar sobre los movimientos en general. Habría que citar, además, a los *Focolares*, la *Comunidad de S. Egidio*, *Comunión y Liberación*. Otros movimientos están íntimamente unidos a alguna congregación religiosa, los *Legionarios de Cristo* a la Legión de Cristo. Nos hemos circunscrito a algunos de los movimientos más conocidos en España.

¿Por qué y cómo surgen?

En todos esos movimientos se trata de laicos, que quieren vivir su fe en una comunidad cristiana y para ello se agrupan con otros católicos con inquietudes y propósitos similares. Asociaciones han existido siempre en la Iglesia. A partir de 1950, y sobre todo 60, fueron surgiendo de la base de cristianos formas nuevas de aso-

ciacionismo. En la medida en que estas asociaciones no coincidían exactamente con las asociaciones anteriores, estos nuevos grupos se llamaron movimientos. Entre éstos se va consolidando, con una cierta homogeneidad generacional, un conjunto de preocupaciones, aspiraciones y en cierto modo también de actitudes. No pensemos exclusivamente en asociaciones multitudinarias, si bien en muchos movimientos las cifras son ya muy altas. En los *neocatecumenales*, se calcula que hay un millón de seguidores en 105 países agrupados en torno a 16.700 comunidades. De *legionarios de Cristo*, (o mejor *Regnum Christi*, que es el movimiento formado por seculares) se calculan unos 400.000 en todo el mundo. Los *Focolares* se hallan presentes en 182 países, y llegan a los cuatro millones y medio de asociados. La comunidad de *S. Egidio* tiene más de 40.000 seguidores.

En el nacimiento de estos movimientos confluyen varias corrientes personales y ambientales. La dimensión estrictamente personal: el ser humano se va forjando y constituyendo en cuanto miembro de una comunidad. Crecemos siempre frente a un «tú». Además todo aquel que experimente en su interior profundo inquietud y atractivo por lo que algunos teó-

logos y filósofos han llamado «El totalmente otro» se sentirá inclinado a cultivar y fomentar ese deseo no sólo en la intimidad escondida de su conciencia sino que deseará compartirla con los demás. La vida cristiana nace y se desarrolla en grupo. Y en la

*la fe cristiana, que hasta
hace unos años se aceptaba
por muchos casi
miméticamente, tiene ahora
que conquistarse la adhesión
personal y convencida
de las personas*

Iglesia existen unos sacramentos llamados de iniciación que consagran la entrada del creyente en la comunidad eclesial.

Pero este proceso se desarrolla no sólo en lo interior sino también en el marco de la Iglesia y respira el ambiente y el influjo de la sociedad civil. En ésta se han producido cambios fuertes que afectan a todos los habitantes, también a los creyentes: la globalización, la sociedad multiétnica. Con ello la Iglesia ha quedado situada ante tareas en parte nuevas y situaciones culturalmente cambiantes. Si ha cambiado el oyente y el ambiente, hay que hacer algunos cambios en las actitudes del men-

sajero y en la presentación del mensaje. La Iglesia entiende hoy su misión en el mundo como una «nueva evangelización». El fenómeno que acontece en la sociedad en general, ocurre también en la Iglesia. Se tiende hoy, a subrayar la dimensión comunitaria. La secularización no es un invento del s. XX ni del XVIII y se va haciendo más cotidianamente presente en las familias, las calles, las ciudades. Cada uno hace la interpretación de la vida y formula su propia cosmovisión. La fe cristiana, que hasta hace unos años se aceptaba por muchos casi miméticamente o por tradición familiar o cultural, tiene ahora que conquistarse la adhesión personal y convencida de las personas. Quizá el cristianismo no es desconocido intelectualmente por bastantes ciudadanos, pero aceptarlo personalmente de forma convencida ya no resulta tan habitual. No hablamos sólo de respuesta personal a los enunciados importantes de la fe sino de respuesta al desafío cultural de la incredencia o la indiferencia. Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* hablaba del «drama de nuestra época».

Este resquebrajamiento ambiental de las convicciones religiosas que incide sobre las conciencias humanas no se restaura simple-

mente con unas cuantas buenas catequesis y menos con ardorosos sermones. Hay que llegar a un testigo convencido que comunica su fe de un modo que se muestra coherente y personalizado. De esa pista habrá de desprenderse la «nueva evangelización» tantas veces mencionada por Juan Pablo II. Por eso se habla hoy de la necesidad de que la Iglesia pase de la pastoral (atender sacerdotalmente a los que están dentro) a la misión: saliendo en busca de los que están fuera, para hacerles presente de forma renovada el mensaje e invitarlos de forma atractiva pero no coercitiva a entrar.

No basta con salir fuera y anunciar el Evangelio. Pasar de una época de cristiandad a una época que necesita ser evangelizada, tiene mucho más de misión y requiere una agilidad espiritual que no brota por generación espontánea.

Dadas estas circunstancias que hemos recordado brevemente, se entiende mejor que, ya antes del Concilio, estas inquietudes van prendiendo en algunos seglares y así surgen asociaciones, grupos, movimientos. La línea que separa o distingue esas agrupaciones no corresponde a un patrón de clasificación rígidamente definido. El grupo evoca una cierta esponta-

neidad entre personas de edad parecida. Ellos mismos organizan a su manera, dentro de marcos amplios, sus reuniones, su vinculación al grupo y formulan su finalidad. El grupo puede evolucionar, estabilizarse y pasar a formar una comunidad que presupone una mayor estabilidad y formalidad en los compromisos. A comienzos de los años 70, esos grupos se denominan «nuevas comunidades». Están formados por personas muy diversas: casados o célibes, de nivel cultural o económico que puede ser distinto. No son sólo grupos de diálogo oca-

*la fe no existe en estado puro
sino encarnada en personas
que creen*

sional -como si se tratara de un club de debates- sino que se comprometen a una unión de convivencia que aliente y discierna decisiones personales más profundas.

Si nos preguntamos qué es lo que estos movimientos pretenden, nos dirán que quieren compartir su fe, sus inquietudes y sus deseos de vivir dentro de la comunidad un proceso de maduración religiosa que les lleve a un compromiso cristiano en la sociedad en la que

viven. Después sobre todo del Vaticano II, se ha afirmado reiteradamente y con mucha fuerza que la causa de Dios es la causa del hombre. El enorme impulso que Vaticano II aportó, debe traducirse para que la marcha y vida de la Iglesia sea más convencida y animosa. Repetir con exactitud las verdades recogidas en el catecismo puede quizá ordenar la propia vida pero no tanto encender en otros el deseo de seguir ese camino. La fe no existe en estado puro sino encarnada en personas que creen.

Antiguamente, las grandes cosmovisiones no se cuestionaban multitudinariamente y en público. Muchos se confesaban cristianos, casi naturalmente, y bastaba con seguir los caminos ya marcados. Hoy día hemos caído en la cuenta de que el Credo o la fe «entran» en una determinada cultura a través de la cual se transmite. Y aquí hay todo un haz de dimensiones -existenciales, intelectuales, experienciales, compromiso, valores que se definden- que en su conjunción cuestionan en muchas personas la «esencia» de la fe antigua y desatan dudas sobre la fe nueva. Sin tener siempre una conciencia explícita sobre el desarrollo concreto de los procesos, también en cuestiones de fe se puede resbalar in-

conscientemente de la verdad en sí a los intereses personales. En algunas personas y ambientes parecería que si Dios «existe» para ellos, ha tenido que trabajarse y conquistarse su propia plaza. El fuerte cambio del ambiente y de la cultura ha tenido fuertes consecuencias en el individuo. Los movimientos surgen en parte por los retos que ese ambiente plantea. Muchas formas de ver antiguas están en crisis y han dado lugar a otras, distintas y no siempre, ni mucho menos, necesariamente peores.

*¿qué tipo de compromiso
y qué situación se crea en
los que se adhieren a esos
nuevos movimientos?*

En ese clima, algunos movimientos surgen casi espontáneamente. Esta tendencia a reunirse para un fin común, supuesto que se comparten algunas convicciones importantes, orienta hacia la agrupación. Cada uno, en un ambiente relativamente hostil a sus convicciones se encuentra más a gusto y acogido en un ambiente al que se puede confiar, se genera –como dice Colzani– una comunidad emocional en la que las personas son apoyadas por el calor de los otros del grupo, se refuerza la

conciencia de sí mismo, se subraya la propia identidad y cada uno vivencia que se le confía una tarea.

Rasgos de identidad

En el seno de la Iglesia que ha vivido ese ambiente se han reforzado algunas corrientes que han cristalizado en movimientos. No se trata de apoyos nuevos exclusivamente psicológicos. En la Iglesia se trata de vivir la propia fe y compartirla y transmitirla a los demás. Por ello recuerda el magisterio que todas las agregaciones de fieles laicos, por tanto, deben mirar el misterio de la Iglesia para trazar y reencontrar los propios rasgos. Nacen los movimientos, crecen y actúan en la Iglesia de Cristo y por ello deben mostrar en sí mismos estas notas. Deben reflejar en sus grupos el misterio de Cristo. Sólo en esa línea podrán llamarse «movimientos de Iglesia».

La eclesialidad es una nota que debe distinguir a los movimientos. En la *Christifideles laici* se recogen algunas de las características que deben estar muy presentes en los movimientos: todos los creyentes están llamados a la santidad, deben profesar y confesar su fe católica, mantener una

comunión sólida con el papa y los obispos, participación con el fin apostólico de la Iglesia y esforzarse por tener una presencia en la sociedad humana a la luz de la doctrina social de la Iglesia y al servicio integral de la persona.

¿Monjes-seglares o seglares-monjes? ¿Qué tipo de compromiso y qué situación se crea en los que se adhieren a esos nuevos movimientos? ¿Son una forma más de vida religiosa nueva, una especie de monjes de calle, o son seglares que quieren vivir intensamente su fe cristiana y una cierta dedicación al apostolado? La exhortación apostólica *Vita Consecrata* llama a los movimientos «nuevas fundaciones» y enuncia los rasgos nuevos de esas agrupaciones. Se trata de grupos compuestos por hombres y mujeres, clérigos y laicos, casados y célibes que siguen un estilo particular de vida, a veces inspirado en una u otra forma tradicional o adaptado a las exigencias de la sociedad de hoy. Su compromiso de vida evangélica se expresa de diversas maneras. Como orientación general, hay una aspiración intensa a la vida comunitaria, a la pobreza y a la oración.

Las leyes de la Iglesia hasta hoy no han perfilado mucho más la si-

tuación de los movimientos. Los propios textos recientes de la Iglesia se acercan a esta realidad con fórmulas aproximativas y cambiantes. Hablan de «asociaciones, grupos, comunidades y movimientos», o también de «nuevas formas de vida evangélica, «nuevas Fundaciones».

Hace ya algún tiempo un prestigiado canonista, J. Beyer¹ clasificó a los movimientos en el siguiente esquema: movimientos laicales, espirituales o eclesiales. Los laicales se forman exclusivamente por laicos que quieren vivir su vocación cristiana laical y se enrolan así en la misión de la Iglesia. Y pone como ejemplo a *Acción Católica*. Los espirituales fomentan la vida espiritual de sus miembros. En estos movimientos ya puede haber no solo seglares sino también sacerdotes y religiosas o religiosos. Entrarían aquí las terceras órdenes o los *Equipos de Nuestra Señora*. Los movimientos eclesiales, como describe con precisión J. J. Etxeberría² agrupan a todas las categorías de fieles: laicos, casa-

¹ «Il movimento ecclesiale. Questioni attuali». *Vita Consecrata* 26 (1990). 483-494. Se toma esta cita del artículo de J. J. Etxeberría, de la nota siguiente.

² J. J. Etxeberría, *Estudios Eclesiásticos* 76(2002), pp. 3-33.

dos, consagrados, sacerdotes, obispos. Quieren vivir su vocación y ministerio con plenitud según las características de su vocación cristiana. Y cita en este grupo a los *Focolares, Comunión y Liberación, l'Emmanuel*.

No nos encontramos por tanto ante formas renovadas de órdenes o congregaciones religiosas, se trata más bien de cristianos que quieren no sólo vivir un cristianismo coherente que dé testimonio no en un aspecto parcial y lineal de sus actividades sino en la totalidad de sus decisiones. Esto ha sido sentido con enorme fuerza y atractivo por una determinada persona en una situación. En algunos casos de ahí surge un movimiento que se adhiere a esa experiencia y sigue el camino iniciado por el fundador. Etxeberria recoge las cuatro características que V. Balthasar y Gerosa atribuyen a los movimientos. La primera es el carisma originario: una determinada persona en un momento se siente llamada a vivir su vida cristiana «precisamente es esta manera» y a veces se convierte así en el iniciador (fundador) de un movimiento concreto. Si otros creyentes se sienten atraídos por ese modelo concreto y se adhieren a él, brota en el fundador una relación de paternidad hacia los nuevos miembros y

poner así en marcha un proceso de maduración humana. En tercer lugar al agruparse en comuni-

*se requieren ahí por parte
de todos un respeto serio
a las diversas corrientes
espirituales*

dades, su espíritu misionero los lanza a una expansión rápida. Y por fin se da una intensa interacción entre lo personal y lo eclesial.

En todos los campos, también en el de la vivencia religiosa en la Iglesia, la vida suele ir por delante de las categorías jurídicas o las leyes, que vendrán después. En la fuente de estos movimientos hay un brote inicial en una persona, que, estando dentro de la corriente de la Iglesia, sin embargo tiene un estilo y características propias. Es claramente preferible, mientras no hubiese otra razón de mucho peso en contra, que se respete esa originalidad inicial, supuesto ya que no quieren otra cosa que la que pretenden los creyentes en la Iglesia. Aun así, los movimientos no aspiran –y es lógico– a ser reconocidos como «congregaciones religiosas».

¿Qué tipo de compromiso o de promesas vincula a los miembros con el movimiento? Desean seguir siendo laicos y no religiosos. Pueden ser reconocidos como asociaciones de fieles. En esta clasificación, los canonistas no todos se muestran de acuerdo. Quizá sería conveniente ofrecerles un estatuto-marco amplio para que por una parte tengan un cierto reconocimiento de la Iglesia, pero no se les coarte en lo específico de cada uno de ellos.

Prescindiendo del tipo de voto o promesa con el que una persona se comprometa con esos movimientos, la seriedad de la entrega personal no debe estar en dependencia del carácter jurídico de su vinculación al movimiento. Hay que tener en cuenta también que en esos movimientos pueden «entrar» matrimonios, cristianos no católicos y sacerdotes. Cada uno de estos casos –casado, soltero, no católico, sacerdote–, tiene una serie de características que si se respetan, y así debería ser, requieren un marco jurídico amplio.

Detengámonos brevemente en los sacerdotes. Algunos en algún caso serán nombrados por los obispos para que atiendan pastoralmente a los miembros del movimiento. Pero otros entran en el movimiento por propia decisión para

vivir ahí su vida cristiana. Piénsese, por ejemplo, en un sacerdote que forma parte de los carismáticos, o de las comunidades neocatecumenales o de los focales o de *Comunión y Liberación*. Hay miembros del movimiento que, estando ya en él, han descubierto su vocación al sacerdocio y pasan a los seminarios de las diócesis sin dejar el movimiento. Parece claro que en el propio seminario, si es de la diócesis y no del movimiento (como es el caso de los seminarios *Redemptoris mater*), la formación espiritual será la propia del sacerdote diocesano. Se requiere ahí por parte de todos un respeto serio a las diversas corrientes espirituales. De ese modo, el futuro sacerdote, miembro de un movimiento, no se desvinculará afectivamente de la diócesis o del conjunto de sacerdotes diocesanos.

A los religiosos que se adhieren a movimientos se les recomienda vivamente que procuren vivir con intensidad su consagración religiosa y dentro de los rasgos esenciales de su propia congregación religiosa. Se trata de sumar potencialidades de su congregación y del movimiento y no de restar o enfrentarlas. Algo semejante se puede decir de los matrimonios que quieren seguir viviendo su entrega matrimonial y aspiran a

llevar una vida cristiana según las líneas que caracterizan al movimiento.

No entraremos ahora en una presentación más pormenorizada del tipo jurídico de promesa o voto con que se comprometen y de las obligaciones que de él se derivan. Eso sería más propio de un estudio canónico sobre esa cuestión. Tampoco el Código desciende a mayor precisión sobre las asociaciones de fieles. Por ello es conveniente que los estatutos de cada movimiento describan y definan más pormenorizadamente la finalidad, las características, las estructuras, el grado y la forma de vinculación y los efectos jurídicos que de esa promesa se deriven.

Aportaciones y deficiencias

En instituciones de muchos años o siglos, puede percibirse a veces un cierto cansancio institucional y ciertas carencias que han podido hacer cicatriz. En movimientos que se encuentran en las primeras fases de institucionalización, los pocos años de recorrido permiten apreciar no sólo el entusiasmo sino también descubrir algunas desorientaciones posibles. El cauce por el que se desenvolverá la vida comunitaria e institucional

de ese movimiento no se ha asentado suficientemente.

Sobre los movimientos existe ya una bibliografía abundante. Hemos señalado ya arriba algunos factores positivos de los movimientos. En una sociedad en aspectos desestructurada ofrecen un lugar en que la persona se puede confiar y donde el recién llegado puede compartir con los otros miembros su deseo de buscar y su anhelo por seguir creciendo religiosamente. Pero la falta de modelos previos ya experimentados y el entusiasmo fundacional de las primeras fases pueden abrir portillos a algunos peligros. El tipo de acogida y ambiente que los movimientos ofrecen, tan en contra del ambiente que «se respira fuera», pudiera encaminar al grupo hacia una especie de comunidad emocional que tiene mucho de resguardo psicológico afectivo que, a base de proteger a sus miembros puede aislarlos. Además, como al entrar en el movimiento se quiere vivir una seria entrega a Dios, existe el peligro de considerarse «privilegiado» y desde esa «superioridad»: mirar hacia abajo a los que se han quedado fuera. Esta actitud no es nueva en la historia de la Iglesia. En muchos movimientos de renovación y reforma, a la sombra de buenas semillas, empieza a crecer la planta del catarismo.

El neófito se ve a sí mismo fiel que forma parte del grupo de los mejores, mientras que los del montón se quedan lejos y abajo. El grupo de los «escogidos» mira a los otros como bastante «perdidos». Y los miembros del movimiento quedan entonces situados en un aislamiento pacífico y beatíficamente alejados. No conocen al tacto sino de oídas muchos de los desafíos de su época. Se genera así un cierto recelo interior, y desconfianza hacia los otros, los que no son «de los nuestros». Los conflictos se so-

*no tenemos los cristianos
soluciones prefabricadas
para todos los problemas
que se presenten, pero
tampoco podemos volver la
espalda a la investigación
teológica postconciliar*

brevuelan remitiéndolos a decisiones firmes de la autoridad. Los conflictos no afrontados y las dificultades no resueltas, no se volatilizan ni se disuelven o solucionan. Explotarán más tarde y, mientras tanto, no sólo se acentúa la división interna, sino que se ha interrumpido violentamente un proceso colectivo de maduración.

Juan Pablo II en un discurso a los nuevos movimientos les decía: «El nacimiento y difusión de los movimientos ha aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada. Pero no han faltado las tensiones. Quizá de una parte ha habido presunciones e intemperancia y no pocos prejuicios y reservas de la otra parte. Ha sido un periodo de prueba a su fidelidad y también una ocasión importante para verificar lo genuino de su carisma».

Aunque el Papa se mantiene en esa afirmación general, A. Mastantuono y otros autores que han seguido con interés el desarrollo de los movimientos señalan las siguientes dificultades no puramente teóricas: 1) absolutización del movimiento al que se pertenece y un cierto sentimiento de superioridad frente a otras asociaciones; se puede absolutizar también al propio líder del movimiento que es quien tuvo la experiencia fundante de la que brotó el movimiento; 2) entusiasmo religioso de neófitos que genera en ocasiones exageraciones unilaterales en la praxis o en la doctrina; si no existe una adecuada formación teológica, las exageraciones comportan claramente riesgos; 3) encerrarse en el propio grupo, lo cual puede llevar a un aislamiento de la vida parroquial o

diocesana; 4) peligro de considerar a la comunidad como un refugio donde resguardarse para soslayar los problemas de la vida real y social; quedaría así una iglesia encapsulada dentro de la Iglesia.

Dirigiéndose el Papa en abril del pasado año al Presidente del Pontificio Consejo para laicos, Juan Pablo II hablaba de algunas realizaciones necesarias de las cuales depende la propia existencia del «Camino» y al mismo tiempo el reconocimiento de los estatutos como signo visible de identidad eclesial madura. En enero del 97, unos años antes, el Papa insistía en la necesidad de que los responsables del movimiento superasen las resistencias persistentes frente a una regulación jurídica del estatuto. El Papa les ha entregado ya a los neocatecumenales el estatuto hace unas semanas lo cual da a entender que las dificultades más importantes se han clarificado.

Hay en muchas personas adheridas a los movimientos una admirable generosidad y coherencia en la vivencia de sus compromisos. El Vaticano II ha puesto expresamente en la consideración eclesial una serie de cuestiones y problemas para los cuales no hay ya una solución fácil e inmediatamente aplicable. Todo ello debe avivar

en los cristianos el sentido del discernimiento y de la crítica. No basta con vivir intensamente la fe, cada uno a su manera, sino, también los miembros de los movimientos, deben estar atentos a la evolución teológica posterior al Vaticano. No tenemos las soluciones prefabricadas para todos los problemas que se presenten, pero tampoco podemos volver la espalda a la investigación teológica postconciliar para evitar así que puedan brotar dudas. Una experiencia personal sin teología puede resultar errática. Una teología sin experiencia personal puede ser teoría reseca, almacenada y aprendida de memoria en los libros. Ni sólo experiencia personal ni sólo teología.

Formación y pertenencia

Quisiéramos referirnos brevemente a la formación. No es infrecuente en algunos movimientos la exaltación del líder fundador. Con frecuencia el líder aún vive. Por ello se le escucha, se le acata y un cierto temor reverencial ciega en su raíz la posibilidad real de disentir o discutirle. Para tratar con aquellos que no pertenecen al movimiento, el método empleado a veces no es el diálogo sino la presentación del mensaje o la información sin fisuras. Todo diálogo o

divergencia de fuera, si le prestamos atención, podría sacudir o incluso derribar convicciones en el propio interior. «Como es conocido, en el ámbito eclesial no es infrecuente la tendencia a demonizar teóricamente y a quitar de en medio prácticamente el conflicto»³.

*si la Palabra es central y la
celebración de la Eucaristía
es el sacramento que hace a
la Iglesia y es celebrado en
ella, entonces los nuevos
movimientos en sus líneas
de fuerza significarán para
todos un estímulo*

Hemos señalado posibles peligros porque reconocemos que los nuevos movimientos pueden aportar a toda la Iglesia un anchuroso caudal de fuerza espiritual. Si la Palabra es central y la celebración de la Eucaristía es no sólo la íntima reunión de despedida de Jesús de sus discípulos sino el sacramento que hace a la Iglesia y es celebrado en ella, entonces los nuevos movi-

mientos en sus líneas de fuerza, sin enredarnos en detalles, significarán para todos un estímulo a vivir con gozosa profundidad y esforzada coherencia la vocación cristiana. La Iglesia al consagrarse a la misión, continúa la presencia de Cristo. En ese clima, puede acercarse a dos fenómenos actuales, como son la globalización y la interculturalidad. El primero nos hace caer en la cuenta de que hay muchos pobres y el segundo que la Iglesia, que ya lo es, tiene que ser aún más casa para todos.

El cardenal Martini, en una homilía a uno de estos movimientos que celebraba el aniversario de su fundación, decía: «Somos verdaderos discípulos de Jesús cuando nos alimentamos de su palabra. Comprendo el esfuerzo, el recorrido, la fatiga y sobre todo la alegría de todos vosotros, sacerdotes, sobre todo laicos y familias todas que servís al Reino de Dios. Os deseo todo lo mejor y que en vosotros se actúe el ideal de santidad plena y perfecta y de presencia profunda en el corazón de la Iglesia». Con parecidos sentimientos se han escrito estas páginas. ■

³ S. Lanza, «Progetto, siascernimento, verifica pastorale» vv. aa. «Creativita dello Spirito e programmazione pastorale» EDR. Roma 1998.